2A 9590.2

DR. R. VILLANUEVA MATA

El General Castro y su Tiempo

(EDITORIALES DE «EL CIVISMO»)

CARACAS
Empresa El Cojo
1907

EL GENERAL CASTRO Y SU TIEMPO

Asunción: 23 de mayo de 1907.

Señor

General Cipriano Castro,

Restaurador de Venezuela
y Presidente Constitucional de la República,
etc,, etc., etc.

Caracas.

Mi Ilustre Jefe:

Desde el día primero, ahora ocho años, que atraído mi modesto espíritu por las preclaras virtudes públicas de usted que han conmovido la Patria y civilizado nuestra política, no ha dejado mi humilde cerebro de pensar en los altos sentimientos reformadores del Gran Caudillo de Venezuela, ni mi oscura pluma de laborar con fe inconmovible y constancia inquebrantable en la

prensa doctrinaria, sustentando sus civilizados ideales y proclamando los brillantes triunfos civiles.

Así le he servido al Egregio Caudillo Restaurador, sin faltar un segundo, en las gloriosas filas de la gran Causa política; título que me honra y que delegaré íntegro al honor de mis hijos.

He celebrado siempre la gloria de su gran nombre: todos sus triunfos los he cantado y he celebrado con el vibrante entusiasmo de mi alma liberal, las virtudes de los mártires de la Restauración y el relámpago de los grandes ideales reformadores.

Y hoy, que celebra el espíritu nacional la efemérides inmortal del génesis de la Gran Revolución Restauradora, os presento, como un humilde homenaje del más modesto de vuestros amigos, este volumen constituido de algunos Editoriales políticos escritos por mí en los últimos días, siendo Redactor de "El Civismo" de esta heroica ciudad, capital de la gloriosa Margarita.

Espero que aceptéis, Benemérito Restaurador de Venezuela, esta humilde ofrenda de vuestro

Antiguo y leal amigo y admirador,

R. Villanueva Mata.

CIPRIANO CASTRO Y LA REVOLUCIÓN

—

Hace más de un cuarto de centuria que el Partido Liberal viene dominando en el Capitolio de la Patria, imponiendo sus saludables principios en el espíritu público, derramando la vigorosa savia de su evangelio en las arterias del organismo nacional y resolviendo todos los problemas sociales y políticos que se han presentado en la larga y laboriosa evolución étnica en que se ha ido informando la nacionalidad de que somos ciudadanos. De tal manera es esto cierto, que podemos decir á la faz del mundo civilizado que él ha sido genitor único

de todas las conquistas que en las complexas órbitas de la política, de la jurisprudencia, de la moral, de las ciencias todas, de las artes y del Gobierno, destacan la fisonomía de nuestro pueblo con relieves definitivos y prominentes en el augusto senado de los pueblos grandes de la tierra.

Antes de la ruidosa propaganda intelectual sostenida el 46 por los apóstoles y mártires de las nuevas ideas en la tribuna y en la prensa, en cuya luminosa campaña se inmortalizaron el verbo y la pluma de Guzmán y Lander, de Arteaga, Rivera y Echeandía; antes de la lucha titánica de la Federación que estalló en Coro y fuese generalizando por todo el territorio de Venezuela, como un incendio universal, hasta la trágica explosión de *Santa Inés*, donde Zamora tomó las fulgurantes proporciones de Isaías, cuando desde la trípode del genio «denuncia Babilonia á los topos y á los murciélagos, promete Nínive á las zarzas, Tiro á las cenizas, Jerusalén á la noche, fija un plazo á los opresores, declara á las naciones su muerte próxima, señala el fin de los ídolos, de las elevadas torres, de las naves de

Tarso, de todos los cedros del Líbano y de todas las ensinas de Basán»; antes del inmortal «DECRETO DE GARANTÍAS,» concebido y rubricado por Falcón, ejecutoria que constituye la Carta Fundamental de la democracia venezolana y el sello definitivo del triunfo popular, Venezuela era un país independiente, pero su pueblo no era absolutamente libre para usar de los inmanentes derechos con que fué creado por Dios y redimido por Bolívar, porque gravitaba sobre su espíritu la coyunda ignominiosa de la vieja oligarquía, con todos los fanatismos, preocupaciones y privilegios que reaccionan permanentemente contra el movimiento progresivo de los ideales luminosos. Pero el Partido Liberal, después de largo batallar en la prensa y en los campamentos, llegó al Poder: batió dianas en las gradas del Capitolio, desplegó á los vientos el oriflama amarillo, paladión glorioso de sus victorias, consagrado con el humo y el plomo de *Barquisimeto* y *Churuguara,* de *Quebrada Seca* y *San Isidro,* de *El Guay, El Corozo* y *Curbatí;* con las radiaciones de sus ideas alumbró la conciencia nacional aletargada; con el pomo de sus espa-

das victoriosas golpeó las férreas puertas de los palacios de los godos, para que éstos despertasen de la molicie y vinieran á gozar de las bienandanzas y satisfacciones de la vida nueva; y con el pecho de sus legiones de soldados aguerridos, de pensadores, de estadistas, de escritores y poetas brillantes empujó el carro de la República por las amplias avenidas de la civilización presente.

El hombre estaba reducido á la vil categoría de cosa por la trata, y el Partido Liberal abolió la esclavitud: el hombre no vivía en la posesión plena de su sér, porque tenía de frente la espantable silueta del patíbulo, y el Partido Liberal suprimió la infamante pena de muerte: el hombre tenía conciencia, la más excelsa de las facultades del alma, pero no era libre para creer, y el Partido Liberal estableció la libertad de cultos: el hombre pensaba y escribía, pero el pensamiento y los tipos eran esclavos, y el Partido Liberal estableció la libertad del pensamiento y de la prensa: el hombre tenía voluntad ciudadana, pero con camisa de fuerza, y el Partido Liberal la redimió, estableciendo la libertad de

asociación y el sufragio universal: las diferencias de castas anulaban al hombre para dar expansión y vuelo á las nobles aspiraciones del espíritu, y el Partido Liberal, borrando las añejas preocupaciones de las castas, niveló con un solo rasero á los ciudadanos, y les abrió de par en par las puertas de la Administración Pública, de las Escuelas y de todos los medios donde se desenvuelven, se agitan, crecen y culminan la inteligencia y la virtud. El Partido Liberal situó la Iglesia en el terreno que le corresponde en el seno del Estado: escribió Códigos, dió rumbos amplios á la política, inició la éra del progreso, glorificó la memoria de nuestros libertadores con la inmortalidad de la estatuaria, nos despojó de la indumenta de pueblo semi-bárbaro, y el carcaj indígena, junto con las ridículas libreas y pergaminos de los nobles, forman hoy entre las curiosidades de los museos arqueológicos. El Partido Liberal fué á todas partes, todo lo removió, todo lo revolucionó, todo lo transformó: con la piqueta demolió lo antiguo para levantar sobre sus escombros los santuarios de las nuevas ideas; con su antorcha iluminó los abis-

mos de las edades, de donde surgieron como por obra de magia bandadas de águilas innúmeras entonando los himnos del porvenir; con la esponja del olvido borró el pasado y vibró en las alturas increadas el Te-Deum del Perdón; con su credo llamó en los umbrales de lo desconocido y hubo como exuberante florecimiento en las conciencias. Y toda esa extraordinaria y luminosa obra de derrumbamiento de lo antiguo y creación de todo lo nuevo que en la Patria tenemos, aparecerá en la Historia, iluminada con las claridades que perpetuamente despide el famoso Decreto de 27 de junio, sobre Instrucción Pública, gratuita y obligatoria, página que constituye la más gloriosa conquista de nuestro tiempo y la más grande, beneficiosa y sublime de las reivindicaciones del espíritu nacional.

Los partidos políticos como las sociedades, y las sociedades como las razas, y las razas como toda agrupación de seres vivientes que se mueven, se desarrollan y aspiran al progreso, y por ende tienden al perfeccionamiento indefinido, por ley fatal y necesaria de la vida universal, necesitan renovarse, es decir,

ingresar á su seno nuevos elementos que le den vitalidad y savia fresca y robusta, á fin de no perecer por inacción y agotamiento de energías.

Un partido político es un organismo que enferma y envejece; y si no renueva sus elementos de acción; si en vez de multiplicar sus fuerzas se abate y va transitando á tientas por la Historia, es un partido que está condenado á desaparecer de sobre la haz de los pueblos combatientes. Es cuestión averiguada que la Causa Liberal de Venezuela, después de la larga y laboriosa obra realizada en todos los órdenes de la vida nacional, durante el tercio de siglo que tiene en el Poder, con inmensos sacrificios de sangre y de esfuerzos intelectuales, venían dando últimamente si no notaciones de caducidad, sí de poca altura en los ideales que informan su programa civilizador y de debilidad en los impulsos hacia la regeneración moral y política de la República; circunstancias negativas que conspiraban en el sentido de detener el carro del progreso; y si la Providencia no hubiese intervenido, como visiblemente la hemos visto

intervenir, la causa popular habría ido de tumbo en tumbo, de error en error, de retroceso en retroceso á la decadencia, y quién sabe si á su perdición !

Por fortuna ha dotado la naturaleza de tan larga existencia y de tan complexos elementos de vitalidad á las razas, á las sociedades y á los partidos, que no desaparecen de sobre el dorso del planeta por una anormalidad cualquiera, en un momento histórico determinado, sino que luchan, defienden su integridad y su vida del más fuerte, y á las veces se les ve levantarse robusto, y vigorosos, como el Fénix de sus propias cenizas.



Los momentos eran de una espectativa profunda y delicada para las conciencias liberales, que estaban convencidas del problema que como nube tenebrosa se cernía en el universo de la Causa, presagiando ruina y disolución. En todo aquel desequilibrio de cosas y de espíritu, de hombres y de hechos; en toda aquella vaguedad de propósitos, torpeza de rumbos é ínfimo nivel de ideas y tendencias ;

en aquella penumbra de las almas, que se iban condensando lentamente en el cielo de la Patria y haciéndose una noche polar, oscura y fría, había una incógnita. La onda que comenzó pequeña y mansa fuese haciendo tumultuosa y soberbia, con las horas crecía en ruido y proporciones y con los días se hacía amenazante hasta para las altas cimas del liberalismo. El partido conservador, artero siempre y que como los buhos medra en la sombra, se despedazaba en el abismo creyendo llegada la hora de batir las plumas y de cantar hosannas en la luz.

Crecía la tiniebla. Los cuervos surgieron de sus cavernas y poblaban el horizonte con la proyección de sus alas, y el ruido desconpasado de los chirridos con que creía celebrar el festín sobre los restos del Gran Partido Liberal. Las hordas frailescas en la algazara de su alegría macabra no tomaban en cuenta que el Liberalismo es inmortal como su ideales, como sus esperanzas, como su espíritu, como su antorcha, como sus dogmas, como sus muertos mismos, vivo siempre en la conciencia de los pueblos redimidos por él.

La incógnita que los cerebros buscaban apareció al fin: en todos los puntos de la Rosa Náutica hubo un florecimiento de luz auroral, que fué iluminando el horizonte y condensándose en un astro magnífico sobre la cumbre de los Andes: las águilas caudales de la libertad heridas desplegaron sus potentes alas y el pensamiento liberal tomó formas heroicas en CIPRIANO CASTRO.

La resurrección estaba hecha! Cipriano Castro, después de hondo meditar, apercibido del peligro, se acercó á la cima de los tiempos, interrogó á lo desconocido en la lengua maravillosa que Dios hace hablar á sus predestinados, le arrancó el secreto de los héroes reformadores, é irguiéndose indignado sobre la empinada cimera de la sierra andina apellidó Revolución, Revolución grande, generosa, sublime, productora de una inmensa, caudalosísima hemorragia, que en corriente vertiginosa fuese á transfundir en el corazón del Partido Liberal anémico.



Las previsiones de la Historia, la ley máxi-

ma que rige los destinos de las causas públicas estaban cumplidas.

Convencido del papel trascendental que estaba llamado á desempeñar en su Patria, Cipriano Castro insurrecto se presenta en la Historia invadiendo el territorio nacional, con la talla heroica de Falcón en Palma Sola, el año 1858, y de Guzmán Blanco en Curamichate, el año 1870.

Con un puñado de conmilitones jóvenes, cuasi imberbes, que traían el alma virgen y el valor reventando en el corazón como una flor de púrpura, salva la frontera occidental de la República pudiendo decir entonces como César al pasar el Rubicón para entrar en el seno gloriosísimo de la Ciudad Eterna, *alea jacta est:* toma camino del Oriente: una bandada de condores va de vanguardia vibrando aleluyas y señalando á la legión sagrada el nacimiento de la luz, la cuna de Bolívar y la silueta del Capitolio.—Castro cae como un rayo sobre los primeros destacamentos del Gobierno en *Tononó* y *Las Pilas*, convirtiéndolos en cenizas, que aventaron aquellas sesenta peinillas aventureras á los cuatro puntos del horizonte.

Los restos dispersos en esas homéricas acometidas fueron á refugiarse amedrentados entre los atrincheramientos de San Cristóbal; y cuando la ciudad fuerte, digna émula de Numancia, bañada en sangre de héroes crujía y bamboleaba bajo una infernal tempestad de llamas y de plomo, un ejército formidable aparece á las espaldas de Castro, coronando las fúlgidas y escarpadas cumbres de *El Zumbador* desplegado en batalla: el invicto Capitán andino convierte la mirada de águila hacia el enemigo que osa amenazarlo por retaguardia, fracciona sus legiones, una porción la deja forzando la ciudad sitiada, con la otra vuela en su corcel de guerra: el león husmea la cordillera, sacude altanero la cabeza, clava la zarpa, ruge furibundo, y á su terrible acometida, aquella altura, crispada de bayonetas y cañones, se convierte como al conjuro de Marte mismo, en un hórrido volcán, hasta que, hecho el silencio frío de la muerte, disipada la espesa humareda......... culminó, triunfador en la cima del páramo inclemente la Bandera de la Restauración Liberal.

Aún repetían las montañas el eco del ca-

fión, aún brillaba en el horizonte el resplandor trágico de aquellos combates, aún murmuraban los helados vientos de la sierra los ayes de las últimas víctimas inmoladas, aún estaba fresca la sangre en la hirsuta melena de los leones, cuando fué *Cordero:* lucha de titanes, que tiene todo resplandor infernal de los cuadros del Dante!

La Revolución bajó como una avalancha incontenible las faldas de la Cordillera, dejando á las espaldas en montes y ciudades, en valles y arroyos, y donde quiera que cruzó sus armas invencibles con el adversario, triunfantes sus pendones y un reguero inmenso de huesos y de sangre que fecundarán la nueva simiente de la Idea Liberal.

Luego fueron *Parapara y Nirgua,* sitios inmortales, donde de un solo formidable zarpaso, el león de los Andes desbarató los arrogantes batallones que intentaron cerrarle el paso.

El País contemplaba entre tanto, lleno de asombro y de admiración, aquel duelo sin precedentes en la Historia, librado entre un Gobierno y un hombre que no tenía más fuerza que la de la idea liberal de que era encar-

nación; el fuego del patriotismo, alentado por las estupendas heroicidades del legionario invicto,—gloria de nuestra raza valerosa y fuerte,—fuése encendiendo y propagando á proporción que las huestes restauradoras avanzaban comó en una carrera triunfal hacia el corazón de la República, batiendo dianas y casi á banderas desplegadas, apartando los obstáculos que se le atravesaban en su tránsito, con la misma facilidad con que aparta un niño sus muñecos, domeñando ejércitos numerosos, dirigidos por expertos y calificados generales, los cuales, al pasar la Revolución, desfilaban ante ella deslumbrados, rendían las armas al triunfador, como una omnipotencia desconocida, que traía inscritos en sus pabellones con letras de fuego los mágicos símbolos de la victoria.

Por fin brilló el alba resplandeciente del 14 de setiembre, aurora fúlgida, grandiosa, solemnemente bella como la mañana de Austerlitz.

El Partido Liberal, joven, robusto y fuerte, renacido de sus propias cenizas, estaba en aquella aurora en la plenitud de su gloriosa resurrección; entre los dorados pliegues de aquel crepúsculo deslumbrador se ocultaba el

enigma de la Victoria; y la estrella de Castro, culminando en el máximun de su ascensión, alumbraba desde el cenit el campo donde en ese mismo día había de librarse la última y definitiva batalla.

En la sabana inmortal de Carabobo, casi á las puertas de Valencia, fué *Tocuyito:* jornada fabulosa, el más grande y postrimer esfuerzo de la Revolución. El Sol avanzaba en su carrera y junto con él se movía sobre las huestes restauradoras el formidable ejército del Gobierno de Caracas, cinco veces superior.

En campo abierto iba á librarse la jornada.— Ya el león montañés no tendría siquiera de su parte los requiebros de las sierras y las sinuosidades de los bosques.

Cuando el estrépito de las artillerías rodantes, el piafar de los caballos guerreros, el ruido de las Divisiones en movimiento, atronaban el espacio, cerca de la aldea, Castro arengó su legión, le infundió con su lengua centelleante el fuego del heroísmo y salió á la sabana, apuesto caballero en su indómito bridón de batalla.

Como para un festín iban de contentos y

risueños aquellos soldados: platicaban sobre la gloria, sobre el amor, sobre el porvenir los jóvenes guerreros, mientras avanzaban unos á la claridad tibia y perfumada de la victoria, otros á la noche densa de la tumba; ondearon las banderas, redoblaron los tambores, vibraron los clarines, relampaguearon las armas, los batallones, desplegados en batallas, como águilas gigantes que abren las alas y las garras para saltar sobre la presa, se saludaron, y luego...... un trueno trágico, prolongado, terrible, monstruoso, hizo retemblar la tierra y conmoverse el cielo. Durante cuatro horas aquel pedazo de mundo se convirtió en un abismo de humareda y llamas, en cuyo fondo bramaba el cañón, rugía el mausser y la muerte reía...... Al caer de la tarde fué la aurora de la victoria: sobre una pirámide enorme de cadáveres ondeó grandioso el Iris que desde los Andes venía de triunfo en triunfo hasta las márgenes del Guaire.........

TOCUYITO fué para la Revolución el pórtico del Capitolio.

Ya en el Poder, Castro sintetizó el programa de la Revolución en esta fórmula, halagadora

para el presente, de grandes esperanzas para el porvenir y que corresponde en todo á las aspiraciones y dogmas del Liberalismo contemporáneo: NUEVOS HOMBRES, NUEVOS IDEALES Y NUEVOS PROCEDIMIENTOS...

ALTO Y FRENTE!

—

El natalicio del Restaurador.

—

Alto y frente es la orden que vibra hoy en el clarín de combate de la Restauración Liberal; y la legión innúmera, que marcha á paso redoblado á la conquista del porvenir, atenta á la voz disciplinaria, hace alto y batiendo sus pabellones y redoblando sus atambores, da el frente, para saludar y rendir los honores de ordenanza al Gran Caudillo de la Causa, al Invicto Paladín, hoy día de su Natalicio.

El Campamento de la Restauración, que está

formado por el territorio nacional íntegro, del Septentrión al Sur y del Levante al Poniente, celebra hoy en medio á las músicas armoniosísimas del trabajo, de la civilización y del progreso, una fiesta de paz y de amor consagrada á conmemorar la fecha natalicia del Salvador de la Patria, á glorificar las virtudes preclaras, eximios merecimientos y sacrificios egregios del Capitán invicto, que ha tenido fuerzas bastantes en la diestra para matar con su propia espada y de un solo tajo el monstruo horripilante de la anarquía que nos devoraba; que ha tenido bastante savia vigorosa de virtud en el corazón para fundar la redentora escuela de la Concordia y la Magnanimidad en nuestra ardiente política, y que ha tenido bastante luz en el cerebro y bastante elocuencia en su verbo para emprender la obra magna de la Restauración de Venezuela.

Es una fiesta de patriotismo, no es una fiesta de servilismo.

La gratitud nacional cumple un deber, no rinde una humillación.

Aclamar á un Héroe, no es glorificar á un déspota.

El espíritu de Castro, forjado en el férreo molde de Marte, no fue hecho para vegetar un día en la oscura y fría covacha del despotismo vil, sino para alentar, para vivir, para multiplicarse en innúmeros rayos de luz en los espacios libres del universo libre y para desplegarse, como una radiante bandera de redención, entre los rítmicos estruendos y luminosas explosiones del Heroísmo.

El despotismo degrada, entumece y aniquila el espíritu para las grandes y trascendentales manifestaciones de la vida; el Heroísmo es la virtud por excelencia entre las virtudes excelsas: fortalece la fe, centuplica las energías y mantiene viva la llama de la esperanza en las batallas por las conquistas sin término del Ideal.

Ser déspota es ser la negación del progreso, condensación de tinieblas, la brocha gorda que pinta el lado sombrío del cuadro de la historia.

Déspotas son Calígula, Nerón, Cónmodo, Francia.

Ser Héroe es ser grande; es tener el concepto pleno de la gloria; es vivir perpetuamente

alumbrado por la llama inextinguible de las virtudes excelsas; es aspirar á la perfectibilidad de los pueblos y á la civilización del espíritu humano.

Héroes son Alejandro, Washington, Bolívar, Castro.

Y es por eso, porque es Héroe, cuyo egregio fuste encaja bien en la turquesa de los grandes caracteres históricos, que viene hoy el pueblo de Venezuela agradecido, valiente y digno, como todo pueblo joven, á rendir un aplauso y á consagrar un homenaje de cariño al genio superior, que ha puesto al servicio de su vida, de su progreso y estabilidad de sus instituciones las energías de su espíritu ya para más de un lustro.

Que Castro es un Héroe, lo dicen los hechos, lo proclaman sus virtudes épicas y ciudadanas, lo reconocen los tiempos y lo pregonará á perpetuidad la incontrovertible musa de la Historia.

El, convicto de su misión, vivió la vida cuasi sagrada del exilio en meditación de Apóstol, pensando en la Patria y en su destino; sonó en el reloj de las edades la hora de

su aparición en el escenario de la Historia y hé aquí el Paladín, caballero en su corcel de guerra indómito y bravío, sobre el empinado ventisquero andino, alta la frente, relampagueante la mirada, desnudo el acero y flameando el oriflama de combate sobre aquella cumbre absorta, que desde el año de trece no sentía crujir sus flancos bajo los cascos de los caballos de los héroes.

Siguiendo una parábola de luz, que la ciencia de la guerra habrá de colocar un día entre las líneas sabias de la estrategia, llegó al Capitolio con la victoria atada á la cola de su bridón, sin dejar á las espaldas otra huella que el ruido de sus triunfos sorprendentes, el pasmo de su audacia y los deslumbradores fulgores de sus virtudes de guerrero civilizador, que venía haciendo la guerra no por la guerra sino por cumplir una misión histórica.

Caudillo grande, en la acepción perfecta y lata del vocablo, concluida su campaña guerrera, se desciñó el sable y los arreos militares, cambiándolos por la toga del Gobernante y por las insignias de la magistratura civil.

Aquel verbo que se derramaba en torrentes de llamas en los campos de batalla, empu-

jando á los hombres en el vértigo de la guerra, se trocó, como por obra de encantamiento, en raudales de elocuencia, predicando la magnanimidad y la concordia en el seno de la familia venezolana, como fórmula única de salvación para la nacionalidad y como los únicos bálsamos que podían cicatrizar las hondas heridas de la querida Patria, la cual tenían puesta en el ignominioso martirio de la crucifixión las desatentadas pasiones de los hijos desnaturalizados, con peligro de perder, junto con la honra y la dignidad, el preciosísimo dón de la libertad, que á precio de tantos sacrificios y de sangre supieron conquistar para ello nuestros gloriosos padres Redentores.

Aquella espada flamígera que, con un vertiginoso rasgo épico nunca visto por nuestros guerreros y despidiendo centellas, trazó en una noche inmortal la trayectoria brillante que en su ascensión al Capitolio debía seguir la legión de titanes, sorprendiendo el espíritu nacional con su arrojo y cabalgando sobre los corceles de la victoria, fué colgado por él en el templo de Jano, cerrado, cubierta de palmas y laureles, hasta que nuevas conculcaciones del de-

recho, hasta que nuevas ignominias sobre la Patria, hasta que nuevas manchas sobre la majestad augusta de la justicia, pidieran reivindicación y amparo para sus altos é inalienables fueros; y la pluma del pensador austero reemplazó en la diestra del Gran Caudillo aquel instrumento gloriosísimo, que si desgraciadamente, es indispensable para la obra de la civilización, para romper en las murallas de la sombra y de la ignorancia la brecha por donde penetran los destellos de las nuevas ideas, va dejando siempre empurpurada su huella con sangre humana.

La espada redime aniquilando.

La pluma redime creando.

Del surco que abre la espada mana siempre sangre.

Del surco que abre la pluma no surge sino luz.

La obra de la espada es efímera y trágica si no la complementa la pluma, movida por sanas ideas y por nobles sentimientos.

Por eso los hombres que sólo saben manejar una espada en los días luctuosos de la guerra y no tienen bastante luz en el cerebro y bas-

tantes virtudes en el corazón para imponer las ideas que defendieron, quedan reducidos á cero en los días luminosos de la paz.

Exponer la vida á la metralla, asaltar un reducto con el pecho, triunfar sobre los cañones, es digno de laureles; pero ahí no termina la obra de los héroes; ahí comienza; quizás sea esta la parte de su vida que merezca menos loa; después viene el acatamiento pleno al derecho redimido, las luchas por el progreso, el empuje de las ideas, la pasión por el bien y la virtud y la protección, en fin, á todo aquello que constituya un timbre y una gloria del espíritu humano.

Eso sí es ser héroe; eso sí es ser civilizador.

Cipriano Castro, que, además de venir á la historia amasado con la levadura del genio, tenía la perfecta intuición de su destino é instruido su egregio espíritu en la vida y obras de los grandes Reformadores heroicos, como Alejandro, como César, como Aníbal, que iban revolucionando con sus ideas el espíritu de las razas que conquistaban con el filo de la espada; como Bolívar, como Washington, que no redujeron su obra de Libertadores á rom-

per cadenas y despedazar ergástulas, sino que fundaron Repúblicas libres, escribieron instituciones, formularon derechos y trazaron á los pueblos libertados por ellos los rumbos luminosos del porvenir y de la civilización; Cipriano Castro, decíamos, armado de la pluma en el gabinete y del verbo en la tribuna, dió comienzo á la magna empresa de la Restauración civil de Venezuela.

Atrás dejaba el Héroe extrangulada la hidra de la anarquía, que durante largos años estuvo descoyuntando entre sus anillos el dolorido y ensangrentado cuerpo de la Patria, extinta la llama de las añejas ideas rutinarias, atontado y en desbandada el espíritu servil y refractario del caudillaje lugareño, que como nube de cuervos cernía sus espectros sobre el campamento luminoso de la causa victoriosa, husmeando cadáveres para el hartazgo de la pitanza fúnebre.

Y ahí está su obra civilizadora, realizada en un lustro apenas de combate con todos los elementos étnicos, sociales y políticos en conjuración:

Códigos y Leyes, ajustados á las más avanza-

das doctrinas de la Legislación moderna ;

nuestra Cancillería redimida de las ignominias que sobre ella pesaban y colocada por su propia mano en el Senado de las Cancillerías sabias, serias y respetables del mundo;

el Derecho de gentes americano alertado y fortalecido por el cañón de «*San Carlos*»;

el Crédito interior y externo restablecido y manejado en casa de cristal;

la Instrucción pública floresciente y revolucionada, desde las Universidades hasta las escuelas primarias;

las Industrias, las Ciencias y las Artes, protegidas y libres, derramando sobre el altar de la Patria su cornucopia de flores y de frutos;

la Paz y el Orden consolidados en la opinión pública;

y el Oriflama, el sagrado Oriflama de la *Confraternidad*, cobijando bajo sus amplios pliegues, como un palio celestial, á todos los hombres, á todos los partidos, á todas las agrupaciones, á todas las sectas políticas, religiosas y filosóficas, para formar con todos ellos una sola familia y un solo hogar, en cuyo santuario no se rinda culto sino á la imagen au-

gusta de la Patria, reverenciada y bendecida por la conciencia nacional y protegida por Dios.

Salud al Restaurador de Venezuela!

~~~~~~
~~~~~~

POLITICA GRANDE

—

La idea liberal y Castro.

I

El Partido Liberal que ha engrandecido á Venezuela y colocádola radiante y victoriosa en el Senado de los pueblos cultos del Orbe, ha escrito con sangre de sus héroes, con lágrimas de sus mártires y con la savia, en fin, de todas sus generaciones de apóstoles, tribunos y legisladores en el libro de su Evangelio las ideas y principios de todas las reformas que han revolucionado el mundo moral

en el tiempo y en el espacio y constituido este espíritu público sabio y fuerte de que puede vanagloriarse hoy la República. El aplauso universal y la conciencia humana han celebrado estos triunfos de la Democracia, y Venezuela, coronada con las estrellas más espléndidas de la civilización moderna, ha avanzado y avanza hacia la cima luminosa de los grandes destinos que su heroico y laborioso pueblo ha venido á llenar en la Historia.

La Idea Liberal crea, redime y funda. Sin su divino espíritu, sin su luz omnipotente, sin su poder increado no se concibe el nacimiento ni el esplendor, el triunfo ni la revolución sin término de la infinidad de principios que informan el catálogo que en la actualidad histórica constituye el tesoro más preciado del humano linaje.

La idea liberal es sol que fecunda y da brillo y vida permanente á las creaciones de la inteligencia, energía que da fuerza y esperanza á los cruzados de la virtud, índice milagroso que en el tortuoso y sombrío desierto de las pasiones humanas guía los pasos del hombre por los senderos del bién, muestra á

su visión los rumbos de un porvenir luminoso y poblado de victorias abre á las Naciones el camino de la gloria y las puertas de la Inmortalidad.

Por eso vemos que los pueblos que en la lenta sucesión de los días no han tenido la ventura de ser iluminados por ese astro, de ser impulsados par esa fuerza, ni de ser guiados por esa aguja, cruzan por los derroteros de la vida hoscos y sombríos, con lento y torpe paso, sin dejar más huellas de su triste tránsito por la historia que charcas de sangre, arrollos de lágrimas y noches de densas tinieblas en el seno de las mazmorras, de los claustros y de las sacristías.

Nuestro pueblo, no obstante ser amasado con la levadura del más puro liberalismo, atravesó también, por ciegas y fatales imposiciones del destino, largo trecho del camino de su vida á oscuras, hasta el gloriosísimo día en que la lumbre divina de la idea liberal se abrió como una hermosa flor de esperanza en las columnas de EL VENEZOLANO, y tuvo su explosión deslumbradora en el campo inmortal de SANTA INÉS y se condensó en fruto sazo-

nado y preciosísimo en el DECRETO DE GARANTÍAS, fundamento moral inconmovible é incorruptible de la Causa que venía con su brillante apostolado, con su épico martirologio y con sus principios reformadores, á engrandecer y glorificar la patria, á fundar el progreso permanente y trascendental de la República, á revolucionar el espíritu nacional en el sentido del bién, á escribir instituciones nuevas, á barrer antiguallas y pergaminos mohosos por el orín de los tiempos fatuos, y á crear, en fin, los progresos, adelantos y conquistas que en todos los órdenes de la vida moral, política, social, científica y artística constituye en la actualidad la alta y respetable entidad de la República.

Casi todas las conquistas modernas que engrandecen el espíritu humano y dan fisonomía de civilidad y cultura á los pueblos de la tierra, las ha consumado en Venezuela el Partido Liberal, á esfuerzos de propaganda en la prensa y en la tribuna y de sangre en los campos de batalla; y á tan grande altura rayan nuestros adelantos á este respecto que podemos decir sin temor de equivocarnos que

es la nuestra una de las nacionalidades más avanzadas de la América Hispana. La instrucción laica, el matrimonio civil y el divorcio, la extinción de las penas infamantes y la redención del esclavo, la libertad de la prensa, la libertad de cultos y la secularización de los cementerios, la libertad de industrias, la clausura de los monasterios y todas las victorias, en fin, que determinan un adelanto y un progreso en las órbitas ilimitadas del espíritu, en sus relaciones con la política y de la conciencia en sus relaciones con la vida universal: todo lo hemos realizado y todo lo hemos escrito en nuestros Códigos y Leyes.

La obra, pues, de los hombres de Estado que actúan hoy y de los que vengan en el porvenir, no es sino de rectificación y de cultura, de aplicación y de modificar lo hecho según las exigencias de los medios y de los tiempos.

La doctrina liberal es una é indivisible, fundada y arraigada en el corazón del pueblo venezolano.

Ella ha triunfado en el tiempo y en la conciencia; y alumbra, como un sol inmenso y

brillante, los ámbitos de la República victoriosa.

Es intangible como un Tabernáculo.

Consagrada como una Hostia.

Divina como una Religión.

Por todo eso Cipriano Castro, Héroe y Filósofo, surgido al ardiente escenario de la Historia del seno tumultuario de las masas liberales, en una hora de suprema angustia para los principios fundamentales de la democracia, comprendiendo su misión providencial, conjurando todos los elementos de la Nación que amenazaban disgregarse y fundirse, con voz de profeta y con la olímpica actitud de un Apóstol y tremolando la gloriosa Enseña de la Patria, convocó bajo sus pliegues á todos los conciudadanos, entonando el himno glorioso de la Confraternidad Liberal, para continuar, unidos en el santo amor á la República y en el cariño inmortal á la Causa redentora, la obra del engrandecimiento de Venezuela.

Concordia y Magnanimidad, Confraternidad y Unión son cánones capitales del Credo que ha redimido al pueblo; piedras angulares del suntuoso templo en cuyo tabernáculo resplandece con solares reflejos la llama inextingui-

ble de la Idea liberal; y Castro grabó esta fórmula en su programa de combatiente reformador, desde el primer momento que apareció en medio del fragor de las batallas, de donde debía sacar ilesos los timbres, ideales y unidad de la gran Causa que lo engendró y que él venía á salvar y á engrandecer con su genio.

Educado en estas doctrinas y compenetrado con estos fundamentales principios, el Jefe Ilustre de la Restauración, no pierde ocasión solemne, ni coyuntura para propagar este Evangelio y para derramar desde la empinada cima donde lo han colocado los sucesos, la copa de este bálsamo oloroso y bendito que cae como un gran consuelo jamás sentido sobre el corazón de nuestro maltratado pueblo.

Política amplia y magnánima, de todos y para todos los hombres de buena voluntad;

en la cima más alta de los Andes la Bandera Liberal, reverenciada y bendecida, y en el llano nosotros todos, confundidos como hermanos, laborando por la Patria;

olvido absoluto de todos los dolores pasados y sólo la visión puesta en el porvenir glorio-

so y grande de nuestra querida Venezuela: así dice el Gran Caudillo siempre que habla desde la tribuna del Capitolio Nacional, ó confundido con el pueblo como un simple ciudadano de una República libre.

Son sus colaboradores leales en la obra de reconstrucción y redención emprendida los que, desprevenidos de pasiones transitorias, lo entienden y secundan con la inteligencia, con la voluntad y con el corazón.

A los que, obsecados vuelven la cara hacia atrás, fijándose en pequeñeces y en detalles insignificantes que se pierden en la grandeza de la obra, les sucederá lo que á la mujer de Loth.

Castro, Héroe que ha asombrado al mundo con su espada; Estadista que ha revolucionado el Derecho de Gentes Americano; Filósofo de honda visión que penetra el tiempo y las edades, es grande, y su obra y su política no pueden ser sino grandes.........

POLITICA GRANDE

> "Nuevos hombres, nuevos procedimientos, nuevos ideales."

II

El hombre superior que en un rapto de heroísmo máximo desenvainara su acero para salvar las instituciones de la República, allende las márgenes del Táchira, y que en una campaña rápida y estupenda como la de Bolívar el año de 1813, descendió de los empinados ventisqueros de los Andes hasta abrevar los caballos de su legión de titanes en las aguas del Guaire cinco meses después, rubricó con

su nombre, ya consagrado por la musa de la Guerra, cuando aún repetía el eco en la sabana de Carabobo el estruendo del cañón de Tocuyito, estas memorables palabras: *nuevos hombres, nuevos procedimientos, nuevos ideales*, las cuales forman la médula del texto de la Alocución matriz y cardinal de aquel movimiento popular, que entraba victorioso al Capitolio bajo una bóveda formada por 5.000 bayonetas enemigas, constituye algo así como la quinta esencia del Programa y Credo de la Restauración Liberal, la fórmula de su derecho, el anhelo humanitario y sabio de la Gran Causa, el óleo santo que consagra la memoria de sus mártires, la promesa de un futuro hermoso y el aliento incontaminado y egregio del Héroe Reformador, que sin nexos con los hombres del pasado y con la visión soñadora puesta en el porvenir, surgió por manera prodigiosa al candente circo de la historia, para sostener, como un Hércules, con la punta de su espada las brillantes conquistas del liberalismo, para trazar nuevos y más amplios rumbos á la política, y para ponerse, en fin, por imposición de su destino, á la cabeza de las moder-

nas generaciones que están revolucionando el espíritu nacional, ya en el campo de las ciencias y de las artes, ora en el campo de la Administración pública, de las industrias y de las letras.

La Política como ciencia experimental se funda en la observación y en el examen, y como tal se mueve y avanza indefinidamente al compás de las evoluciones que va sufriendo el espíritu humano en su ascensión sin término hacia el perfeccionamiento de las ideas y de los principios: ello constituye hoy entre los hombres pensadores una verdad comprobada por la experiencia y por el tiempo. Infelices de los que pretendan actuar en su campo viéndolo todo bajo el negro prisma del dogma inmóvil é irreformable y entre el cerco de hierro de la escuela estacionaria de las antiguas ideas, que no aceptaba el escalpelo de la experimentación ni el empuje formidable de las transformaciones y evoluciones del Progreso; porque en los actuales momentos desempeñarán el triste papel de los que defendieran bajo este amplio sol de civilización de que gozamos la pena de muerte, los beneficios de la esclavi-

tud y la restricción de la instrucción pública.

En ello funda el liberalismo su fuerza, su virtud y su trascendencia.—Acepta la revolución y avanza; las causas que no la aceptan se estacionan y vegetan, orando entre su Panteón de antiguallas.

Castro lo comprendió así y escribió con la misma punta de su espada la fórmula reformadora de su tiempo: *nuevos hombres, nuevos procedimientos, nuevos ideales.*

Estas palabras solemnes y concisas no son solamente la síntesis de la Nueva Doctrina, sino que puede decirse que fué el primer gran paso dado por la Revolución en el sendero de las reformas que venía á implantar; porque ellas fueron como una armoniosa campanada que anunciaba el alegre despertar de un nuevo día en los horizontes de la Patria enferma; como las primeras claridades de un sol nunca visto que asomaba por el Oriente; como un cántico de esperanzas y de dulces y anheladas promesas de redención.

Palabras providenciales.—La Patria necesitaba de ellas como el enfermo de un bálsamo que sana sus quebrantos y el Liberalismo, fa-

tigado y jadeante, para recobrar la savia derramada y las energías gastadas en una lucha de más de media centuria.—Vibraban, pues, en la tribuna augusta del Capitolio y el eco las fué repitiendo por todos los ámbitos de la Patria, en momentos en que se abría un nuevo ciclo para la República y una nueva etapa para la conciencia nacional.

Las causas públicas, las instituciones, las ideas y todo aquello que en las órbitas ilimitadas y fatales del tiempo y del espacio dependa de la acción del esfuerzo humano, se modifica y evoluciona en el sentido del perfeccionamiento indefinido, siguiendo este orden de la vida moral idéntica ley que los órdenes de la existencia física; tal como las evoluciones de las especies y de las razas en la vida zoológica y como las evoluciones de la fibra, de la célula, de la molécula y del átomo en los movimientos sin término de la substancia, de cuyas combinaciones resulta la vida, la luz, el pensamiento, el agua, el genio...

La Causa de la Democracia en Venezuela estaba victoriosa en todas partes y en todas las latitudes del espíritu humano; pero exangües

sus arterias por la grande hemorragia tenida en holocausto de sus ideales, necesitaba nueva sangre; entrados en el procerato sus tribunos y apóstoles, necesitaba nuevos cerebros, nuevas lumbreras y nuevos verbos; gastadas en la lucha sus energías, necesitaba nuevas fuerzas; causa ilimitada en sus aspiraciones y anhelos, puesto que es inmensa como el espacio é infinita como el tiempo, necesitaba abrir sus horizontes y ensanchar sus ideales.

Cipriano Castro, liberal por origen, por temperamento y por escuela, profundamente instruido en estos postulados, convicto de su misión y resuelto á cumplirla, tal como se la imponía el Numen de la Historia, vino al Poder, no á pasar por los estrados del Capitolio como una sombra chinesca, sin dejar huella luminosa que señale su tránsito en los anales del mundo; no como un simple accidente de esos que se presentan por manera inesperada en los horizontes de la política, sino á llenar un ciclo brillante y glorioso en nuestros fastos, á hombrearse con los sucesos del presente y á echar los sólidos fundamentos de un futuro próspero y feliz, con las fulgura-

ciones de su genio de Estadista y con las energías de su brazo de Guerrero.

Comprendió su tiempo y se puso, resuelta y heroicamente, á la cabeza del gran movimiento revolucionario, que venía vinculado en su espada, á rejuvenecer con sangre robusta y joven de *nuevos hombres* las arterias anémicas de la política nacional; á hacer rectificaciones y reformas en todas las manifestaciones de la vida pública con *nuevos procedimientos* y á ensanchar, engrandecer é iluminar el espíritu humano con la fuerza y resplandores de *nuevos ideales;* fórmula grande, amplia, generosa, que sólo cabe en el inmenso, ilimitado Universo del Liberalismo, y que pasará á la posteridad como el pedestal de la gloria de este ilustre hijo de Venezuela, cuyos triunfos constituyen una de las páginas más brillantes de la moderna historia americana.

¿Y ha hecho práctica el Gran Caudillo de la Restauración esta sabia y magnánima fórmula de su política, de su derecho y de su doctrina?

Las cien lenguas de la fama lo pregonan como una verdad inconcusa.

Celebrarlo es cumplir un sagrado deber de conciencia pública.

Negarlo es un crimen, porque ello denuncia un fondo amargo de perversidad, y es atentar contra los fueros sagrados de la verdad histórica y contra las divinas prerrogativas de la justicia.

POLITICA GRANDE

—

Los genuinos.

III

La Restauración Liberal, como todas las grandes causas y como todas las instituciones públicas que han llegado á tener perdurabilidad en la historia y trascendencia en el espíritu humano, ha ido ensanchando lentamente su imperio en el tiempo y en el espacio, multiplicando sus adeptos y propagandistas y haciéndose lugar grande, respetable y fuerte en la conciencia de los pueblos, hasta quedar constituida por manera definitiva la entidad moral que le da fisonomía y poderío permanente en los anales del mundo.

Un cerebro privilegiado, un vidente, la funda

con la energía de su genio y una espada le abre paso por entre las multitudes analfabetas ; y los hombres y los espíritus y los pueblos y las razas, iluminados por ese sol, atraídos por ese Apóstol, convencidos en el crisol de ese pensamiento, van rodeando el Oriflama que tremola el Elegido y dándole así á su ideal líneas concretas y formas visibles de institución trascendental, lógica y sabia.

Las religiones, las causas políticas, las instituciones que han revolucionado el universo moral, no se han constituido en un solo día; su formación es el resultado de una labor lenta y gradual, de una lucha larga y permanente, de una propaganda razonada y sostenida y del triunfo de sus ideas y principios en la conciencia universal.

A Roma no se va en un solo día.

La cumbre de la gloria no se escala de un zarpaso.

No se funda nada duradero, trascendental y serio sino con grandes sacrificios y largos esfuerzos.

El imperio del Cristianismo hoy no es el mismo en extensión y poderío que en los días

en que echaba las raíces de la doctrina redentora el sublime Hijo de María; como no es tampoco el imperio del Liberalismo hoy el mismo que en los días en que florecía la palabra de Juan Jacobo Rousseau sobre las cabezas de las turbas estupefactas, ante las deslumbradoras claridades de aquel verbo que venía á revolucionar la sociedad antigua en sus más hondos cimientos.

Cipriano Castro en su exilio de « Bella Vista,» allende las fronteras de la Patria por donde el sol se pone, penetró el tiempo con su inteligencia de vidente, sondeó el espacio con su penetrante visión de Apóstol y comprendió que las circunstancias y la edad eran propicias para asumir la actitud de un Reformador y plantear la ecuación del grande y trascendental teorema moral y político, en cuya solución y consecuencias finales estaba vinculada la salvación de Venezuela; y replegando sobre sí mismo todas las poderosas energías de su espíritu y con actitud heroica dió el grito épico del 23 de Mayo, día glorioso, punto de partida de la cuasi mitológica leyenda guerrera, cuyas páginas se llaman Zumbador, Cordero, Parapara,

Tocuyito, y de esta época cívica á que asistimos, poblada de triunfos políticos, diplomáticos é intelectuales, que han sido las forzosas consecuencias y los brillantes corolarios de aquel esfuerzo titánico.

Este hombre singular venía al escenario de la historia, destinado por la Providencia, para resumir una época y para empujar la República con el poder de su genio por rumbos desconocidos en el dédalo de nuestra política.

Todos los hombres de Estado que por virtud de los sucesos ó por los egregios esfuerzos de su genio habían asumido en Venezuela la suprema dirección de la Autoridad pública, desde Páez hasta Andrade, habían permanecido, por obsesión de criterio ó por una mal comprendida lealtad á los principios, encerrados entre un círculo de hierro formado por los rígidos elementos de una secta ó de un partido, que no vivían sino soñando con las reliquias de la tradición, refiriéndolo todo á la historia antigua y transitando por un derrotero de antaño trazado por el índice de un numen ignoto.

Castro, más sabio y más revolucionario que sus predecesores, venía á hacer lo contrario, á

transitar por otros senderos y á implantar nuevas fórmulas.

Liberal de criterio amplio y luminoso, sin nexos de ningún linaje con lo pretérito, surgió en el ardiente campo de la política con fuerzas suficientes para remover y descoyuntar todo lo viejo, para trazar con la punta de su espada la parábola del porvenir y para imponer las nuevas ideas de la nueva civilización en el espíritu nacional, que contemplaba absorto el nacimiento de aquel astro.

En ese momento solemne y decisivo lo rodearon, cubriéndolo con su pecho, sesenta paladines, cuyos nombres pasarán á la posteridad entre nimbos de gloria, como los legítimos genuinos luchadores que, junto con el Héroe «siempre vencedor jamás vencido,» echaron los fundamentos de la gran Causa que venía á realizar la reforma de nuestras instituciones y costumbres públicas.

Salve, gloriosos fundadores de la Restauración Liberal! vuestros nombres, vuestros hechos portentosos, vuestro martirio, forman la aureola gloriosísima de la homérica leyenda, que se inició en la trágica noche del 23 de

Mayo y tuvo su luminoso y brillante coronamiento en la épica explosión de TOCUYITO, el 14 de setiembre, cuatro meses después,—en cuyo memorable campo quedó sellada definitivamente la victoria del Ejército Restaurador y consumados todos los triunfos de armas de la Causa en aquella su primera etapa de combate.

Antes de TOCUYITO, es decir, cuando el audaz guerrero andino venía asordando los espacios con el estrépito de sus victorias y sorprendiendo los espíritus con su ejemplo de Capitan civilizado, y después de TOCUYITO, hombres, agrupaciones y partidos, desde Maracaibo hasta Margarita, se han ido acogiendo al glorioso oriflama de la Restauración, sin combinaciones egoístas ni consignas sectarias, unos antes, otros después ; pero todos convencidos de que esa es la Causa del porvenir de Venezuela, por la amplitud y generosidad de sus ideales, por la talla egregia de su Héroe y por las promesas de su credo.

Las 5.000 bayonetas que le cerraban el paso en La Victoria al perínclito Andino, formaron la vanguardia de su Ejército en su entrada triunfal á Caracas.

Gran número de los hombres de Estado, de los tenientes y escritores del régimen vencido formaron en sus filas.

El mismo Caudillo de la oligarquía histórica se cobijó un día con los pliegues del providente palio de la Restauración.

Las excelencias de la Gran Causa se han ido abriendo espacio en la conciencia pública, alumbrándola con los fulgores de sus virtudes y fortaleciéndola con la médula de su evangelio.

Y así vemos que el ideal, que como una inmensa flor de esperanza hizo la explosión de sus colores y perfumes en el egregio corazón de Cipriano Castro, rodeado de sesenta espadas, que como otros tantos rayos luminosos alumbraron el Oriente, es hoy una grande, poderosa é incontrastable institución nacional, que está restaurando á Venezuela y llenando de gloria el nombre de la Patria.

POLITICA GRANDE

—

Ni vencedores ni vencidos.

IV

Cuando Cipriano Castro dió el grito de insurrección y se puso en armas en las fronteras occidentales de la República, con el alto propósito de derrocar un orden de cosas que, por decadente y clorótico, colidía con el espíritu de los tiempos, hasta el extremo de poner en peligro la Causa Liberal con su opulento bagaje de triunfos y adelantos, conquistados en un incesante batallar de más de media centuria, no lo hizo obedeciendo ciega y estúpidamente al deseo egoísta de asaltar el Poder,

ni por saciar una aspiración inmoderada de encaramarse, armado de un machete, sobre la cerviz de sus conciudadanos, como uno de tantos generales de opereta ó sargentones de la sierra, que hemos visto atravesar por el proscenio de nuestra historia. Nó señor: cuando Cipriano Castro, apellidando Revolución, se puso sobre su corcel de batalla, había profundizado el tiempo en la sólemne soledad del exilio, había interrogado al destino para arrancarle el enigma de los obscuros designios y había comprendido, en fin, que estaba predestinado para encabezar los sucesos que arrancarían de su sorprendente aparecimiento en la escena, y los cuales habrían de ser tan trascendentales que llenarían un ciclo brillante en nuestros fastos y una edad, de ejemplos sublimes y de virtudes heroicas, en los anales de la América.

Convicto de su alto designio, lo ha visto atravesar la humanidad por el ardiente teatro de la Guerra, de la Política y de la Diplomacia impávido y grave, venciendo á los sucesos con el ariete de su fe inquebrantable, domeñando los obstáculos con el poder invicto de su genio y alumbrando siempre el sendero con

el astro radiante de su obstinada perseverancia en el Bién.

Como hombre superior que es, no piensa en el mal, ni como medio, reprobable siempre, para alcanzar las obras de su Virtud.

Desde el primer instante de su aparecimiento en el candente escenario de la actividad pública, sorprendió á la opinión y culminó sobre el pavés de los ruidosos acontecimientos, destacándose su figura con la talla imponente de un Guerrero filósofo, que venía á revolucionar su tiempo con el esplendor de sus ideas y con la audacia de los más avanzados principios del moderno radicalismo.

Naturaleza férrea, forjada en el yunque de Marte, fué hecho para la lucha incesante ; y así como es perseverante é infatigable en el combate con hombres y doctrinas retrógadas hasta vencer á los unos y reformar á las otras, el sol esplendente de la Magnanimidad de su espíritu no ha dejado de alumbrar nunca con sus rayos providentes el suelo que enrojeció la batalla y asombró el enojo.

No ha combatido por el vulgar deseo de triunfar y humillar al vencido en su infortunio : ha

cambatido por sacar victorioso del seno de la hoguera un ideal regenerador.

Porque no es un hombre solamente de genio guerrero y político, sino también dotado de virtudes preclaras, es que su personalidad se nos presenta con la talla de Sucre y de Falcón, los dos venezolanos magnánimos por excelencia; y como ellos, capaz de los rasgos de generosidad con el vencido del glorioso triunfador en Ayacucho y del egregio Fundador de la Federación patria.

Castro no ha venido á la historia á continuar la obra de odios y venganzas con que muchos de sus predecesores en el Poder habían estado aniquilando y sangrando esta pobre patria.

Castro no ha venido á hacer de los vencidos viles parias, sobre quienes ejercer venganzas que amenguarían su triunfo y echarían sombras imperecederas sobre su gloria.

Castro no ha venido á consumar obras impías sino á realizar con su espada, con su cerebro y con su corazón la Restauración de Venezuela.

Castro no ha surgido de la turba anónima, sin origen, sin antecedentes de familia, sin nexos con la sociedad, para empeñarse en cubrir su nombre

de ignominia, irrespetando los trascendentales fueros de la Moral y ultrajando la Virtud; convirtiéndose de Héroe en déspota, de Filósofo en Tartufo, de Grande en Pigmeo.

El tiene la noción perfecta de su tiempo, de su destino y de su gloria; y por eso va al porvenir sereno, impávido y con la sien coronada de laureles.

La obra de un genio combatiente es triunfar y después, colocado por la fortuna en el vértice radiante de la victoria, cubrir de honores al vencido, respetar el infortunio y los desvíos de sus hermanos.

Eso hace Castro.

Con él se clausuró el ciclo nefando y sombrío de los ultrajes para el vencido y de las ignominias para el que fué adversario.

Pero aún hay cerebros vacíos que no comprenden esto ; seres cretinos que forcejean por volcar el tiempo, para que volvamos á las edades luctuosas, en que un analfabeta cualquiera, surgido en una noche de traición tumultuaria, se erigía en mandarín supremo, con dominio perpetuo sobre vidas y haciendas.

Cipriano Castro es grande, no solamente por

el temple de su acero y por la potencia creadora de su cerebro, sino por la altura y nobleza de los sentimientos de su corazón.

No aspira á ser dueño sino á ser padre de su pueblo.

No ha querido triunfar sobre sus conciudadanos para dominarlos, sino para amarlos.

No se ha esforzado, expuesto su vida y sacrificado su salud para fundar un partido de un día, sino para fundar una gran Causa pública que cree, que civilice, que honre á la patria y que eche hondas y sólidas raíces en la historia, por las obras que realice y por el evangelio y doctrinas que predique.

Por eso, los vencidos de ayer, convencidos luego, son los virtuosos sectarios de hoy.

Los hombres leales no son esclavos sino de la Lealtad.

El no pregunta, ni ha preguntado nunca á nadie de dónde viene sino para dónde va.

La Restauración Liberal es una Causa grande, y su prestigio moral crece y se multiplica cada día más en el mundo civilizado, no solamente porque haya triunfado con sus cañones en Tocuyito y La Victoria, sino porque se

ha impuesto en el espíritu humano con las excelencias de sus doctrinas y con el brillo de las virtudes y nobles ideas de su Ilustre Caudillo y Conductor. Ella se encamina al porvenir serena, majestuosa é imponente, como un gran acorazado que cruza el Atlántico haciendo á un lado las escorias y aristas que se le atraviesan, intentando cortarle el paso, ó torcer su rumbo al puerto de salvación que ha vislumbrado el experto Piloto que lo guía en sus sueños de gloria.

Castro quiere sectarios y no ilotas.

Castro quiere ser el Director de una Institución política, de una Causa pública trascendental y no el cacique de una horda de cretinos.

Castro va por la historia de brazo con Bolívar, con Washington, con Sucre, con Falcón, con los grandes magnánimos, predicando la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, trípode máxima sobre que descansa el sempiterno edificio de la Moral universal.

Como es grande, su obra es grande.—Como es magnánimo su Causa es magnánima.

El Genio no tiene fronteras, ni su afecto límites para el género humano.

Las Causas públicas que tienen linderos, estrellan contra ellos sus ideales y desaparecen. Deben ser infinitas como el espacio, para que sean eternas como el tiempo.

Los hombres de Estado, los dominadores de pueblos, que circunscriben el imperio de su ideal, se suicidan.

Y la Restauración Liberal no se estrellará ni Castro se suicidará.

Bajo sus banderas caben holgados todos los hombres de buena voluntad.

En el seno de la Restauración no hay vencedores ni vencidos. Su Ilustre Caudillo tiene, como Jesús, abiertos los brazos para todos sus hermanos.

El que no acepte esta fórmula, no solamente no está con Castro sino que está contra Castro.

Trataremos de probarlo.

POLITICA GRANDE

—

Ni vencedores ni vencidos.

V

Tartufo se empina enfurecido sobre su pavés de horruras; el Vicio preñado de odios y rencocores, hace muecas trágicas y gruñe; el Crimen enciende su tea y afila su cuchilla, cada vez que ven escrita y puesta á la pública exhibición esta fórmula radical y magnífica del Credo revolucionario de la Restauración Liberal de Venezuela : NI VENCEDORES NI VENCIDOS.

Están en su perfecto derecho.

Ni Tartufo, ni el Vicio, ni el Crimen fueron nunca águilas caudales, que, como las de los

Andes, ven frente á frente el Sol y se nutren con su luz.

Ni Tartufo, ni el Vicio, ni el Crimen se sentaron jamás en el Areópago, ni en la Academia, ni en el Forum, donde ha relampagueado en explosiones de luz la Elocuencia sabia del genio; desde donde ha alumbrado los horizontes sin límites de la Humanidad la bienhechora y dulce luz de la Virtud.

Ni Tartufo, ni el Vicio, ni el Crimen colaboraron jamás en la obra hermosa de la redención humana; antes por el contrario: á todos los Redentores y Apóstoles de sus evangelios los asaltan ellos, sombríos é inicuos, con la cuchilla y con la mueca trágica.

Para Sócrates la cicuta, para el Cristo la cruz, para Colón la cadena, para Bolívar el destierro!

Pues así y todo, Cipriano Castro no borrará del texto de su doctrina política ese canon fundamental, sobre el cual se yergue majestuosa é imponente la obra de su genio reformador y el relieve de su alta y descollante personalidad, que está llenando todo un ciclo vasto de nuestra vida nacional.

La política de Castro es sabia y fuerte, y se robustece y magnifica cada día más, porque lejos de ir como los reptiles rastreando por los muladares, bate las alas como las águilas y dejando atrás las miserias de la tierra va á beber la luz de la vida en la misma llama del sol.

No es que pronuncia la fórmula para valerse de su prestigio como elemento de vulgar especulación momentánea; él tiene plena fe en la profunda y sabia y trascendental virtualidad de este alto pensamiento altruista, y lo ama y lo pone por obra porque sabe, como todos los hombres superiores, que las Causas públicas, que los Partidos, que las Asociaciones, que los Gremios que no se fundan sobre una basamenta de moralidad perfecta no llegarán á ser grandes, ni conquistarán ningún triunfo duradero en la historia, ni fundarán nada estable y permanente en los dominios inalienables del espíritu humano, jamás.

La fuerza formidable de su Causa está fincada en esta fórmula sabia de su política, que él no viola nunca, ni en los momentos más recios de la batalla, y con la cual ha multiplicado hasta el infinito el prestigio y popu-

laridad del ideal que predica con su vibrante y ardoroso verbo de Apóstol y apoya con el temple invencible de su egregio acero.

En el combate del *Zumbador*, una de las acciones de armas más reñidas y sangrientas de la Revolución, dijo el Héroe victorioso á Carlos Silveiro, del Ejército contrario, al encontrarlo vencido y herido en el ensangrentado campo: *«General, no tema, que usted está entre sus hermanos: aquí no hay vencedores ni vencidos.»*

Uno de los primeros actos trascendentales de Castro después de su entrada triunfal á Caracas, fue poner en libertad y ofrecer una Cartera en el Gabinete Nacional al Mocho Hernández, á quien no debía nada la Revolución, aspirando solamente el Gran Caudillo victorioso con este sorprendente rasgo de republicana hidalguía á echar las bases de la Confraternidad Nacional y á lo cual no supo corresponder aquel teniente chiflado.

Celestino Peraza, cabeza armada de las más importantes en los históricos días de los tratados de La Victoria, vino á la Secretaría General del Jefe Supremo, y Luciano Mendoza, el General en Jefe del último Ejército dicta-

torial, quedó en el nuevo orden de cosas con una posición digna de su rango y fue de los Constituyentes de la Restauración en la Asamblea de 1901.

Diego Bautista Ferrer, Ministro de Guerra del régimen derrocado y primer Jefe de las huestes gubernamentales en la gloriosa y decisiva batalla de *Tocuyito*, continuó sirviendo en señalados puéstos de honor bajo las banderas de la Restauración Liberal.

Nicolás Rolando, rendido en la antigua Angostura, reconoció el triunfo de la Causa y tremoló su oriflama en sus cuarteles; hasta que, por circunstancias especiales, fue preciso ir á desarmarlos.

Natividad Mendoza, cuyo solo nombre evoca un asombroso valor y un gran prestigio guerrero, murió en un campamento de la Restauración, y es bien sabido que fue este héroe uno de sus más terribles adversarios.

Francisco Linares Alcántara, el gallardo Presidente de Aragua, que es hoy uno de los más leales amigos y uno de los más esforzados lugartenientes del Restaurador de Venezuela, fue el Jefe de la artillería rota en Tocuyito.

Antonio Alamo, inteligencia preclara de Barquisimeto, que desempeñó la Secretaría General del Ejército de Occidente en la Revolución Libertadora, hoy ocupa idéntico honorífico cargo en la Presidencia del Estado Lara.

Rosendo Medina, el General vencido ruidosamente en Nirgua, y Balbino Carrillo, formidable soldado adversario de otros días, se inmolaron gloriosamente después en aras de la Gran Causa peleando á la sombra de sus pabellones, el uno en San Cristóbal, y el otro en las costas de La Guaira.

Braulio Yaguaracuto, el egregio representante del valor indígena oriental, cayó también envuelto en la Bandera de la Restauración, sirviéndole como leal, con todo el denuedo de su épico corage; y el indio caballero no venía de los campamentos históricos de la Causa por cuyo triunfo se inmoló.

Aquí acabamos de ver morir á Pedro Merchán, ocupando la Comandancia de Armas de Margarita, cubierto de honores y distinguido con la plena confianza del Presidente Ilustre de Venezuela; y lejos de venir él tampoco de

los campamentos históricos de la Causa, fue un leal adversario suyo.

Podríamos hacer esta lista innúmera; pero para qué fatigar la paciencia del lector discreto, que conoce estos acontecimientos tanto como quien escribe estas cuartillas?

Solamente hemos querido probar, como lo ofrecimos en nuestro editorial anterior, que la fórmula escrita por el egregio Caudillo Restaurador de Venezuela en sus banderas de combate no es una simple y vana ficción, ni una frase de relumbrón, inventada para ofuscar con ella á los incautos, sino en realidad un grande, sublime, magnánimo pensamiento, que entra en la clave de sus trascendentales designios, que pone él por obra á cada instante, á cada hora, á cada día que trascurre, y que reflejará en todo momento y en todo tiempo fulgores de gloria sobre su nombre ya ilustre.

Los grandes caracteres históricos que viven convictos de su alta misión, no se preocuparon jamás de miserias, ni han aspirado á triunfar sobre sus semejantes por el trágico deseo de triunfar solamente. Ellos vienen á fundar, á redimir, á crear y á honrar con su

conducta y con sus obras los grandes y trascendentales designios del espíritu humano.

Sucre es más grande por su inmortal tratado, en el cual cubre de honores y magnanimidad al vencido, después de Ayacucho, que por haber trepado sobre las alas de su caballo de guerra las escarpadas laderas del Condorconqui, para rubricar con la punta de su espada la Independencia de la América Latina. Como es menos grande Mario por haber exterminado á los Cimbrios, que por haber abatido el orgullo de la Oligarquía Romana.

Así, Cipriano Castro aparecerá más grande en la historia de Venezuela por la noble conducta observada con sus adversarios, que por haber dominado la Anarquía y por haber alumbrado con los relámpagos de su genio la misma cumbre épica que inmortalizó José Félix Ribas.

Vencidos, por el poder de su genio, ó vencedores con él, todos tienen á su lado idéntica gerarquía y gozarán de su respeto y noble cariño, siempre que de buena voluntad deseen servir á la Patria y á la Causa de la civilización humana. Con él, ni los vencedores, por el solo hecho de serlo, tienen derecho á empinarse por

sobre sus conciudadanos y por sobre la ley ni los vencidos, porque el infortunio ó el error —herencia fatal de los humanos,—los haya hecho pecar, serán humillados, ni vilipendiados.

Bajo el amplio palio de la Restauración Liberal caben holgados, felices y cubiertos de honores todos los venezolanos de buena voluntad.

A su sombra no hay VENCEDORES NI VENCIDOS.



Nuestra modesta pluma, que siempre ha proclamado los divinos ideales del Liberalismo, impulsada por profundas y sinceras convicciones políticas, sirve en la ocasión presente los principios fundamentales de la Restauración, porque tiene fe en su virtud reformadora y porque cree en la alta misión moral que ha venido á llenar su Gran Caudillo; y si los deslumbramientos de esta tribuna de donde hablamos al pueblo, si el poder incontrastable de estas humanitarias ideas, vertidas desde esta cima como un claro arroyo de luz, han sido parte á afianzar en la conciencia pública el evangelio restaurador, á nosotros, fieles servidores de

una Causa, y leales admiradores de un Revolucionario Ilustre, nos queda el dulce consuelo de poder decir: Bendito sea el Cielo que puso luz en nuestro cerebro, fe en el corazón y una pluma en la mano, para sentir y proclamar un Ideal, santo Ideal que involucra el más grande triunfo moral de la presente civilización patria.

POLITICA GRANDE

—

La salud pública.

VI

Salus populo lex suprema est, la salud del pueblo es la ley suprema, dice el viejo axioma sabio: verdad máxima é incontrovertible que ha venido confirmándose durante todas las edades, en el seno de todas las instituciones políticas que han regido á las naciones y que la conciencia humana ha consolidado, por manera tan fuerte y permanente en los dominios del tiempo y del espacio, que ya todos los pueblos y todos los hombres de estado, los pensadores y las masas analfabetas coinciden

en este pensamiento, y cada cual con sus resortes é influencias concurre para que él sea uno como dogma incontrovertido y trascendental en los fastos de todos los pueblos cultos de la tierra.

Si para corroborar la verdad de este axioma ocurrimos á las claras é inagotables fuentes de la sabiduría histórica, sin necesidad de hacer grandes esfuerzos encontraremos en sus raudales razones y argumentos en qué apoyar esta filosofía positiva y salvadora de la regularidad de las instituciones públicas, de la permanencia de las sociedades en su aspiración al bién y á la gloria y de la estabilidad del orden en el seno de la libertad bien entendida y practicada.

Los grandes y formidables Imperios del Oriente mantuvieron su poderío en la historia, mientras sostenían un relativo equilibrio de orden y de paz en su interior, pero cuando el hambre famélica de la conquista y del desorden hacía abrir las fauces á sus dominadores, entonces enfermaban, se gangrenaban y, desorganizados, rodaban con estrépito, unos sobre otros, en torpe é inconcebible confusión caótica.

Roma, aquella Roma omnipotente por sobre todas las omnipotencias de la tierra: la del poder, la de las ciencias, la de las artes, la del derecho, la de la libertad, la de la tribuna, fué grande, fué soberana, fué sabia, mientras que el pueblo Rey se agrupaba fuerte y pletórico de salud, de aspiraciones y de gloria, alrededor del Capitolio, para aclamar á sus Magistrados que le daban libertades, ó en los Rostros, para celebrar á sus tribunos que le predicaban sus derechos inmanentes. La paz estaba cimentada en la ley y la ley estaba prestigiada por la moralidad incontrarrestable de la República. Pero sonó la hora aciaga en el cuadrante de aquel grande y poderoso Estado, el germen maléfico de la corrupción penetró en sus entrañas, las virtudes públicas de los Gracos se eclipsaron en los horizontes de la Capital del Orbe y las virtudes privadas de las Cornelias colgaron su catafalco en el seno del mismo santuario del hogar, el pueblo se enfermó de corrupción, desapareció la salud en la moral de aquel pueblo formidable que parecía construido por cíclopes para vivir en la inmortalidad del orden, de la libertad y del derecho, el

vandalismo del Septentrión cayó como un diluvio de hordas sobre aquel inmenso esfacelo político, y aún resuena, y resonará por siempre en los eternos é ilimitados dominios de la historia, el estrepitoso derrumbamiento del omnipotente Imperio de los Césares, que llegó á tener bastantes energías, cuando gozaba de paz y de orden, para encerrar en sus leyes, todas las fórmulas del derecho humano, para encerrar en su templo los dioses de todas las religiones, hasta darles unidad, para hacer vibrar en su tribuna el verbo de todas las elocuencias, para condensar en su arte las armonías de todas las artes y para iluminar el cielo de su República con los soles radiantes de las más sabias y libres instituciones que han admirado el espíritu humano, redimido la conciencia y enaltecido y glorificado al hombre en su obra de civilización sin término.



En este punto de nuestra disertación se nos ocurre preguntarnos : y ¿cuál es el medio único que en todos los tiempos y en todos los Es-

tados han puesto por obra los elementos dirigentes de la sociedad desde arriba y el pueblo desde abajo, para llegar á alcanzar, laborando así de común acuerdo, el bien máximo de la salud pública, que es la suprema ley? Trabajar por la conservación de la Paz, porque ella es la madre genitora de todo bienestar público y privado y en su amoroso seno se incuban todos los gérmenes, que, fortificados luego en una atmósfera de orden perfecto, se convierten en las flores que perfuman el ambiente de la libertad y en los sazonados frutos que nutren y regeneran al espíritu.

Sin la Paz civilizada, no la de Varsovia, sino la que tiene su principal sustentáculo y raigambre en la conciencia serenamente convicta del pueblo, no se concibe la vida ordenada y progresiva de la sociedad, la aspiración regular á una meta sólida de cultura estable, ni el prestigio trascendental y duradero de las instituciones públicas que regulan la existencia de las nacionalidades en la ruta ascendente hacia una cumbre radiosa de victorias y de honores.

No hay que equivocarse: á este respecto en la vida de las naciones no existen términos medios:

la Paz y la Guerra no pueden vivir juntas; ellas son antípodas; son como los puntos extremos de un diámetro; como las electricidades contrarias, se repelen. Cuando la paz existe, alumbra con sus rayos todos los ámbitos del Universo, y el orden es el grande y único regulador de todas las acciones, y la ley resplandece como deidad victoriosa en el Santuario de la República, y la libertad se hace tangible, y la moral triunfa siempre; y cuando alguna idea atrabiliaria surge del fondo del abismo, la eclipsa con sus fulgores el astro del derecho; la conciencia comulga á diario con la divina hostia del deber y las instituciones públicas, fruto precioso de tantos esfuerzos hechos en favor de la Patria y de tanta sangre y lágrimas derramadas en aras de la Libertad, continúan su marcha majestuosa sin interrupción y sin tropiezo, serenas y tranquilas, confiadas en las energías de su moral, cual una de esas naves acorazadas que surcan los mares procelosos, desafiando con el poderío de su mecánica las tempestades y las olas.

Y cuando estas bellas cosas no suceden, es porque la guerra domina, si nó en forma

de bacante desgreñada y cubierta de sangre, bramando como leona furibunda en los senos de la conciencia pública, y forcejeando por hacerse visible, mostrar sus garras y poblar el horizonte de sangre, de llamas y de desolación.

***

Laboremos, pues, todos los hombres de buena voluntad en el sentido de conservar LA PAZ A TODO TRANCE; esta paz fuerte y tranquila que ha logrado dar á Venezuela, después de largos esfuerzos é innúmeros sacrificios, el Egregio Restaurador de la República; que solamente así haremos comprender al mundo civilizado que ya hemos entrado de lleno y resueltamente en la ruta luminosa por donde transitan, en persecución de sus destinos, los pueblos grandes de la tierra y de que somos dignos de tener al frente de nuestros derechos é intereses á un hombre de Estado de la talla de Cipriano Castro.

Una interrupción de la paz en Venezuela en los actuales momentos, podría tener la resonancia de una campanada funeral para nuestro

derecho público, para la marcha regular de las instituciones, para el decoro nacional y quizás hasta para la perfecta integridad de la Patria en sus sagrados fueros de pueblo libre, soberano é independiente.

23 DE MAYO

Independencia.—Federación.
Restauración.

Por todos los ámbitos de la Patria resuena vibrante la trompa épica de la Fama, pregonando en esta efemérides inmortal la gloria inmarcesible del Héroe máximo, Fundador y Gran Caudillo de la Causa Liberal Restauradora, que ha complementado en Venezuela la suprema obra moral y política que inició y puso sobre los más vastos y robustos fundamentos la Revolución Independiente y que continuó ensanchando en los horizontes de la

Historia nuevos y radicales Ideales, la Revolución Federal.

La Filosofía histórica reconoce estas tres Causas públicas como los movimientos políticos, no solamente más ruidosos de Venezuela, por el estruendo con que se han resuelto sus triunfos en el teatro de la lucha, sino por la grave trascendencia de los principios que les ha servido de espíritu, por lo hondo que han penetrado sus ideales en la conciencia nacional y por las sublimes redenciones conquistadas por sus armas y por sus cerebros en el derecho, en las conciencias y en la legislación, las cuales constituyen hoy el más precioso atributo de nuestra cultura y las credenciales más valiosas qne nos acreditan en el Senado de los pueblos civilizados del Orbe.

La Revolución Independiente, después de una cruentísima lucha, rompió sobre nuestra cerviz la vil coyunda de la opresión hispana, fundó la República, creó la soberanía, nos hizo libres y echó los fundamentos del derecho público, que nos ha redimido y alumbrado con sus brillantes claridades la ruta amplia por donde transitan, evolucionando en el sentido

del progreso y del perfeccionamiento definitivo, los pueblos, las naciones y las razas de la tierra.

La Revolución Federal conflagró la Patria, y escribió sobre los humeantes escombros de la Oligarquía los más bellos ideales de la doctrina radical: la redención de la esclavitud, la extinción de la pena capital, la libertad de la imprenta, de la conciencia, del pensamiento y de las industrias; la instrucción laica, el matrimonio civil, la secularización de los cementerios, el sufragio universal y todas las instituciones, en fin, que constituyen la radiante aureola de victorias morales de la época actual.

La Revolución Restauradora ha perfeccionado, por así decirlo, todos esos triunfos del espíritu nacional con el Genio de su gran Caudillo; ensanchado las doctrinas y consolidado, con la realización de las legítimas fórmulas del derecho y con la médula de su Política grande, todas aquellas victorias, desde la de la Independencia de la Nacionalidad hasta la del más trivial precepto de nuestro derecho escrito.

Bolívar, Padre y Fundador de la Patria, recibe las sagradas oblaciones y los divinos perfumes del amor y admiración de la historia

y de sus conciudadanos el 5 de Julio, efemérides inicial de la Independencia en 1811.

FALCÓN, el Gran Mariscal de la Federación, alma y diestra de la Guerra Larga, recibe las bendiciones y más puros homenajes del Radicalismo el 20 de Febrero, fecha genésica de la Causa Federal en 1859.

CASTRO, el Gran Caudillo de la Restauración y Fundador de la Paz en Venezuela, es ovacionado en todo el ámbito de la República y aclamado con el verbo de la gratitud nacional, el 23 de Mayo, día glorioso, en cuya noche hizo explosión en su egregio espíritu el sublime ideal de la Gran Causa Pública que debía restaurar á Venezuela, en 1899.

BOLÍVAR, FALCÓN y CASTRO, glorioso triunvirato histórico que vemos desfilar, coronados de laureles y envueltos en relámpagos, por el escenario de nuestros fastos inmortales: el Genio de Colombia, adusto y solemne como un Semidiós, portando en la diestra el Código de nuestra Independencia: el Mariscal, batiendo el glorioso oriflama amarillo de *Santa Inés*, en cuyos pliegues lleva inscrito el *Decreto de Garantías;* y el Gran Caudillo de la Restauración,

vibrando en sus labios el cántico hermoso de su política grande y magnánima y mostrando á sus conciudadanos la doctrina sabia y generosa de la UNIÓN, de la CONCORDIA y de la CONFRATERNIDAD......

~~~~~~
~~~~~~

INDICE